

LAS ELECCIONES URUGUAYAS DE 1994: CONTINUIDAD EN LA TRANSFORMACION DEL SISTEMA PARTIDISTA

Por ISMAEL CRESPO
PABLO MIERES

SUMARIO

I. LOS PARTIDOS POLÍTICOS FRENTE AL ACTO ELECTORAL: 1. *El Partido Nacional: una reformulación ordenada de sus fracciones internas.* 2. *El Partido Colorado: de la bipolaridad a la hegemonía batllista.* 3. *El Frente Amplio: hacia la ampliación de sus alianzas.* 4. *El Nuevo Espacio: la recreación del cuarto actor partidista.*—II. LOS RESULTADOS ELECTORALES: 1. *La elección presidencial: la alternancia en el Ejecutivo.* 2. *La distribución interpartidista de la votación: el crecimiento del voto no tradicional.* 3. *La distribución intrapartidista de la votación (I): la fraccionalización de la oferta electoral.* 4. *La distribución intrapartidista de la votación (II): continuidades y cambios.* 5. *La distribución territorial de la votación: los «países electorales».*—III. PERMANENCIAS, TRANSFORMACIONES Y PERSPECTIVAS.

El análisis sobre los resultados de las elecciones uruguayas de noviembre de 1994 se muestra muy diferente según se realice éste desde la perspectiva de la evolución del comportamiento electoral o desde la óptica de las consecuencias políticas para el funcionamiento político-institucional cotidiano en el período interelectoral que se inició en marzo de 1995. Desde esta segunda perspectiva, los resultados electorales señalan que ha ocurrido un conmocionante cambio político, efecto de la presencia en la arena parlamentaria de cuatro actores partidistas con una capacidad de incidencia política a un punto tal que nunca antes se había presenciado en el país. Como consecuencia inmediata de esta presencia plural de opciones partidistas se abre para la política uruguaya una nueva realidad que obliga a negociaciones múltiples y permanentes ante cada tema de la agenda política que se pretenda traducir en decisiones eficientes. Ahora bien, si el análisis de los resultados de las elecciones se enfoca desde la óptica de las dinámicas que se venían manifestando en las preferencias electorales de los uruguayos, especialmente desde las elecciones de 1984, estos

resultados se muestran como una continuidad de los procesos de transformación experimentados en el número de actores políticamente significativos. De manera que, desde esta perspectiva, nada realmente imprevisto ha ocurrido en estas elecciones que altere la tendencia, ya observada en el comportamiento electoral de la sociedad uruguaya durante esta última década, hacia la transformación del sistema de partidos políticos.

Ya ha sido señalado en otras ocasiones que la tradicional estabilidad del bipartidismo uruguayo había sido quebrada a través de un complejo proceso de transición, el cual se ha caracterizado esencialmente por una modificación profunda en las pautas de adhesión política de la ciudadanía, modificación que está aún lejos de su finalización (1). En este sentido, las elecciones de 1994 representan una continuidad en este proceso transformador, si bien es probable que no lleguen a desempeñar el punto final de una nueva estructuración del sistema de partidos políticos y de las preferencias electorales de los ciudadanos. Como aquí será analizado, las principales líneas de evolución del comportamiento electoral uruguayo vuelven a estar presentes en el acto de 1994, solo que en esta ocasión la acentuación de estas tendencias se traduce en un cambio sustantivo en las posibilidades de la mecánica de toma de decisiones gubernamental y de los escenarios interelectorales, situación esta que llevará aparejado el replanteamiento urgente del problema de la gobernabilidad y de la dificultad de configurar coaliciones estables de poder.

I. LOS PARTIDOS POLITICOS FRENTE AL ACTO ELECTORAL

De acuerdo a los procedimientos tradicionales del sistema electoral uruguayo, en las elecciones celebradas el último domingo del mes de noviembre de 1994 se ejerció el voto para elegir autoridades nacionales (presidente y vicepresidente, senadores y representantes) y departamentales (intendentes y juntas departamentales). La campaña electoral esbozada por los partidos se desarrolló en torno a los grandes temas de la política nacional, aunque, como se analizará a continuación, su trasfondo fueron las divisiones y recomposiciones de las principales entidades partidistas. De esta manera, el acto electoral estuvo precedido por una serie de realineamientos muy significativos que pautaron una nueva articulación de la oferta política hasta ese momento existente. Las iniciativas emanadas de los actores partidistas no fueron pocas ni de baja significación; por el contrario, denotaron la existencia de fuertes dina-

(1) Sobre la tesis que relaciona los cambios operados en el sistema de partidos políticos con la alteración de las pautas de identificación política de los ciudadanos, véase PABLO MIERES: «El cambio del sistema de partidos y de las adhesiones políticas de los uruguayos», en M. ALCÁNTARA e I. CRESPO: *Partidos políticos y procesos electorales en Uruguay (1971-1990)*, Madrid, CEDEAL, 1992, págs. 225-242. Por último, un análisis reciente sobre la evolución del comportamiento electoral en Uruguay se encuentra en PABLO MIERES: *Desobediencia y lealtad. El voto en el Uruguay de fin de siglo*, Montevideo, Ed. Fin de Siglo, 1994.

mismos que, no exentos de tensiones y crisis, se acabaron concretando en la gestación de una fraccionada gama de propuestas político-electorales.

1. *El Partido Nacional: una reformulación ordenada de sus fracciones internas*

El Partido Nacional, que ejerció la presidencia de la República durante el período 1990-1995 (2), fue el actor menos afectado por los realineamientos partidistas. Es cierto que sus principales fracciones internas redefinieron sus marcos de alianzas, pero, a excepción de un pequeño sector, estas recomposiciones se produjeron dentro del ámbito partidista, de manera que ninguna de sus fracciones significativas estableció acuerdos con otras fracciones ajenas al Partido Nacional.

La distribución intrapartidista emergente de las elecciones de 1989 se estructuró sobre la presencia de cuatro fracciones de muy distinto peso electoral. El Herrerismo, que ejercería la titularidad del poder ejecutivo en la figura de Luis Alberto Lacalle, se constituyó en la fuerza mayoritaria del partido al obtener el 42,7 por 100 de los apoyos internos. La segunda fracción en importancia estuvo representada por el Movimiento Nacional de Rocha, que, apoyando la candidatura presidencial de Carlos Julio Pereyra, contó con un respaldo interno del 28,7 por 100. En tercer término, aparecía Renovación y Victoria, que, en alianza electoral con el Herrerismo, consiguió el 15,3 por 100 de los apoyos intrapartidistas. Por último, el Movimiento por la Patria, que impulsó la candidatura presidencial de Alberto Zumarán, obtuvo el 13,3 por 100 de los votos recogidos por el partido.

En el período interelectoral abierto en marzo de 1990 se produjo un importante proceso de realineamientos al interior del Partido Nacional que puede ser caracterizado a través de dos secuencias. En primer lugar, una fuerte dinámica de concentración en torno a la fracción mayoritaria (3). Ya desde los inicios del gobierno de Lacalle se había producido un proceso continuo de aproximación a la fracción herrerista de buena parte de las figuras políticas pertenecientes a las fracciones minoritarias —Renovación y Victoria y Movimiento por la Patria—. De esta manera, al iniciarse el año electoral de 1994, el Partido Nacional se había reestructurado en torno a un esquema bipolar asimétrico, puesto que una de sus fracciones, el Herre-

(2) En las elecciones nacionales celebradas en noviembre de 1989 el triunfo correspondió al Partido Nacional, con el 38,9 por 100 de los votos válidos, y dentro de él, a la fórmula presidencial compuesta por Luis Alberto Lacalle-Gonzalo Aguirre, que fue de las tres presentadas por el Partido Nacional la que obtuvo el mayor porcentaje de votos (58,1 por 100) al interior del partido ganador. Véase ISMAEL CRESPO, PABLO MIERES y ROMEO PÉREZ: «Uruguay. De la quiebra institucional a la presidencia de Lacalle (1971-1991)», en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 74 (Madrid, CEC, 1991), págs. 297-322.

(3) Durante este proceso de concentración se produjo la escisión de un sector de escaso peso interno, integrado básicamente por miembros del Movimiento por la Patria y del Movimiento Nacional de Rocha, cuya figura más relevante era el intendente del departamento de Cerro Largo, Rodolfo Nin Novoa, quien realizó un acuerdo político extrapartidista al que haremos referencia más adelante.

risimo, era sensiblemente más fuerte que la otra, el Movimiento Nacional de Rocha.

La segunda secuencia de realineamientos se produjo durante el mismo año electoral de 1994 y consistió en la fractura de la fracción herrerista. El motivo de esta división se originó en la definición de las candidaturas presidenciales a ser presentadas por esta fracción dada la paridad de respaldos iniciales con que contaban dos de los precandidatos herreristas (4). El sector leal al presidente Lacalle presentó la propuesta de Juan Andrés Ramírez bajo la misma denominación herrerista, mientras que la nueva fracción presentó la candidatura presidencial de Alberto Volonté con el apoyo de los sectores nacionalistas Manos a la Obra, liderado por el propio Volonté, y Propuesta Nacional, integrado básicamente por ex miembros del Movimiento por la Patria.

De esta manera, el nacionalismo presentó una oferta electoral en torno a tres fórmulas presidenciales. Dos de ellas provenientes de la fracción mayoritaria y una tercera, representante del Movimiento Nacional de Rocha, que postuló la candidatura de su líder histórico, el senador Carlos Julio Pereyra. En todo caso, las encuestas pre-electorales, así como los propios resultados de la elección, demostraron que la disputa dentro del Partido Nacional estaba planteada entre los dos candidatos herreristas: Juan Andrés Ramírez y Alberto Volonté.

2. *El Partido Colorado: de la bipolaridad a la hegemonía batllista*

El Partido Colorado emergió de las elecciones de 1989 estructurado en torno a las dos grandes fracciones que han pautado la historia de este partido a partir de 1968: el batllismo y el pachequismo. Sin embargo, estas fracciones, que se repartieron casi por mitades el electorado interno del coloradismo en 1989, reconocían líneas de ruptura interna inevitables. El batllismo se reorganizó tras las elecciones en torno a dos sectores: el Foro Batllista, liderado por el ex presidente Julio María Sanguinetti, y el Batllismo Radical, dirigido por el ex candidato presidencial Jorge Batlle. Por su parte, el pachequismo también se dividió después de las elecciones en otros dos sectores: la tradicional Unión Colorada y Batllista, que se mantuvo bajo el liderazgo personal de Jorge Pacheco, y la Cruzada 94, conducida por el senador pachequista Pablo Millor.

En el período interelectoral que transcurrió entre 1990 y 1994 fue posible observar la realización de dos realineamientos sucesivos dentro de la evolución colorada: primero, la concentración en torno a la figura de Julio María Sanguinetti, y posteriormente, la definición de una alianza extrapartidista entre el Foro Batllista

(4) Como se verá más adelante, el sistema electoral uruguayo posibilita la presentación de una pluralidad de fórmulas presidenciales al interior de un mismo partido político.

y el Partido por el Gobierno del Pueblo (PGP). La primera dinámica se expresó mediante un continuo fortalecimiento del Foro Batllista a través de la adhesión creciente a la figura de su líder de dirigentes partidistas intermedios, proceso que convirtió a esta fracción en una mayoría nítida al interior del partido. Este proceso de concentración de respaldos políticos culminó con la adhesión de la fracción pachequista Cruzada 94 a la candidatura presidencial de Sanguinetti.

La segunda dinámica tuvo lugar en el marco del proceso preelectoral de 1994 a través de la formalización de una alianza electoral extrapartidista que posibilitó la acumulación de votos entre el Foro Batllista y el PGP liderado por Hugo Batalla. Esta alianza se expresó así en la propia fórmula presidencial que presentó el Foro Batllista: Julio María Sanguinetti-Hugo Batalla. Este acuerdo fue particularmente trascendente porque significó una práctica inédita en la política uruguaya, en tanto que expresó una coalición político-electoral entre un partido no tradicional y la fracción mayoritaria de uno de los dos partidos tradicionales (5).

De esta manera, el Partido Colorado presentó —al igual que el Partido Nacional— tres fórmulas presidenciales. Sin embargo, a diferencia de los nacionalistas, en los que la correlación de fuerzas entre dos de las tres candidaturas era bastante similar, en el Partido Colorado resultó palpable la hegemonía interna de la fórmula Julio María Sanguinetti-Hugo Batalla sobre las dos restantes, las encabezadas por Jorge Batlle (Batllismo Radical) y por Jorge Pacheco (Unión Colorada y Batllista).

La amplitud y diversidad de los respaldos políticos obtenidos por la candidatura de Sanguinetti fue bastante original, ya que por lo común tales diversidades en los partidos uruguayos se han traducido en el surgimiento de varias candidaturas al interior del partido. Sin embargo, la gravitación de la figura de Sanguinetti impidió que esta heterogeneidad de sus apoyos se expresara en la presentación de múltiples fórmulas presidenciales. De este modo, las elecciones de 1994 se constituyeron en un laboratorio de pruebas para una experiencia inédita en la lógica político-electoral uruguaya, en tanto la heterogeneidad de opciones internas no sólo se presentó en el conjunto del partido, como ha sido la costumbre, sino que se reiteró dentro de la propia *opción Sanguinetti*. Las alternativas ofrecidas abarcaron un abanico mucho más amplio del que tradicionalmente presentan las candidaturas presidenciales: desde la Cruzada 94, que expresa junto con el pachequismo una propuesta de populismo de derecha con ciertos tintes autoritarios, hasta el PGP, que se ha definido como una opción de socialismo democrático afiliado a la Internacional Socialista,

(5) En todo caso, este acuerdo reconoce unos antecedentes históricos, ya que el Partido por el Gobierno del Pueblo había nacido como una fracción batllista del Partido Colorado tres décadas atrás. Esta fracción se constituyó en partido político e ingresó en la coalición electoral Frente Amplio a raíz de las elecciones de 1971. En las elecciones de la restauración democrática, el PGP obtuvo más de la mitad de los parlamentarios del Frente Amplio. Cinco años más tarde, en las elecciones de 1989, formó, junto a los demócrata-cristianos, una nueva coalición electoral —Nuevo Espacio—, que consiguió un 9 por 100 de la votación nacional. La ruptura del PGP con Nuevo Espacio y su incorporación al Partido Colorado en 1994 representó, para una buena parte de su colectividad, un retorno a su identidad partidista originaria.

pasando por opciones de explícita definición neoliberal y alternativas de batllismo con énfasis en lo social.

3. *El Frente Amplio: hacia la ampliación de sus alianzas*

La coalición de izquierdas Frente Amplio no fue una excepción en cuanto a sus realineamientos internos frente al acto electoral de 1994, y al igual que el Partido Colorado, tejió una compleja alianza extrapartidista que se denominó Encuentro Progresista.

Con respecto a sus sectores internos, las elecciones de 1989 marcaron la presencia hegemónica en el plano electoral del Partido Comunista, que mediante la sub-coalición Democracia Avanzada obtuvo el 50 por 100 de los parlamentarios del Frente Amplio. En un segundo lugar se ubicó el Partido Socialista, con el 25 por 100 de los parlamentarios obtenidos por la coalición. En tercer y cuarto término se situaron la Vertiente Artiguista, que como expresión del frenteamplismo independiente obtuvo el 14 por 100 de los escaños de la coalición, y el Movimiento de Participación Popular, que representando a la izquierda más radical consiguió el 7 por 100 de la representación parlamentaria del Frente Amplio. Este esquema interno emergente de las elecciones de 1989 sufrió durante el período interelectoral fuertes tensiones y realineamientos originados tanto en el nivel de las organizaciones políticas integrantes de la coalición como en el de sus liderazgos.

En cuanto a lo primero, el período posterior a 1990 estuvo pautado por la crisis interna del Partido Comunista —fiel reflejo de las quiebras en Europa del Este de los regímenes comunistas— que repercutió sobre el conjunto de la coalición Frente Amplio y, en especial, en el marco de sus equilibrios internos emergentes de las elecciones de 1989. De manera que esta crisis favoreció el potencial de crecimiento del Partido Socialista, el cual ocupó algunos de los espacios que los comunistas abandonaron como consecuencia de sus conflictos internos. Pero también afectó la propia estructura interna de éstos, de forma que derivó en la recreación de un Partido Comunista más pequeño y ortodoxo, por un lado, y una diáspora bastante numerosa y variada constituida por ex integrantes de dicho partido y, en particular, de casi todos sus legisladores.

Por lo que respecta a los liderazgos, el período interelectoral estuvo signado por la figura de Tabaré Vázquez, intendente de Montevideo. Este liderazgo, surgido en el marco de la primera gestión de gobierno de la izquierda uruguaya, trascendió rápidamente el ámbito de la gestión municipal capitalina e incluso de la propia coalición frenteamplista (6). A su vez, se afianzó el liderazgo tradicional de Líber Se-

(6) El hecho de que en las elecciones de 1989 el Frente Amplio obtuviera la intendencia de Montevideo rompió el histórico monopolio que los dos partidos tradicionales poseían en el desempeño de la función ejecutiva, tanto a nivel nacional como departamental. La obtención de esta intendencia fue el objetivo principal de la coalición durante la campaña de 1989, de forma que el grueso de su actividad elec-

regni, en su papel de presidente del Frente Amplio, y también creció la imagen del senador Danilo Astori, hasta ese momento fundada en su carácter de figura común a todos los frenteamplistas por su no pertenencia a ninguno de los sectores de la coalición. De esta manera, el Frente Amplio se presentó ante el acto de 1994 con tres líderes de referencia, los dos últimos más enfocados hacia el propio electorado de la coalición, y Tabaré Vázquez, con una mayor potencialidad de captar apoyos entre el conjunto de la ciudadanía.

Pero además de estos realineamientos en base a la crisis del Partido Comunista y a la emergencia de nuevos liderazgos, el propio año electoral fue testigo de importantes transformaciones al interior del Frente Amplio. Por una parte, se definió una alianza extrapartidista entre la propia coalición y otros tres grupos políticos: un pequeño sector del Partido Nacional liderado por Rodolfo Nin Novoa, el diputado del PGP Daniel Díaz Maynard (disidente del acuerdo de su partido con el Foro Batllista) y el Partido Demócrata Cristiano (7). Esta alianza electoral, denominada Encuentro Progresista, supuso una modalidad de coalición similar a la llevada a cabo entre el Foro Batllista y el PGP, y como ésta, se expresó en una fórmula presidencial común integrada por Tabaré Vázquez-Rodolfo Nin Novoa (este último en representación de los aliados no frenteamplistas).

Por otra parte, el crecimiento del liderazgo de Danilo Astori se tradujo en la creación dentro del Frente Amplio de su propio grupo político, Asamblea Uruguay (AU), que en el transcurso de la campaña electoral se convirtió en la primera fuerza del Encuentro Progresista (8). Tanto en esta convocatoria de AU como en la formación de la alianza externa radicó la idea del llamamiento al frenteamplismo independiente, implicando ambas la adhesión previa a la coalición como conjunto. Esto nos indica que el Frente Amplio dejó de ser una fuerza electoral integrada por grupos o partidos políticos preexistentes, es decir, una coalición, para manifestar que su propia vitalidad como colectivo tiene la capacidad de producir corrientes internas de naturaleza similar a las fracciones de los partidos tradicionales.

En suma, la oferta política del Encuentro Progresista se expresó a través de

toral se dirigió a priorizar la imagen de su candidato, Tabaré Vázquez, y de sus propuestas municipales. La elección de este médico, con un discurso moderado dirigido a las capas medias y subalternas, y la personalización y municipalización de la campaña frenteamplista aseguró un amplio triunfo a la coalición de izquierdas. Este hecho quedó demostrado al obtener Tabaré Vázquez un mayor caudal electoral que el candidato presidencial de la coalición, Liber Seregni (en la elección departamental el porcentaje de votos logrado por el Frente Amplio se elevó al 36,7 por 100, un 2,2 por 100 más que los votos nacionales obtenidos por la fórmula presidencial de la coalición en ese mismo departamento).

(7) Como se analizará más adelante, el Partido Demócrata Cristiano integraba, junto al Partido por el Gobierno del Pueblo, la coalición Nuevo Espacio, fuerza política que se constituyó de cara a las elecciones de 1989.

(8) La creación de Asamblea Uruguay ha sido la segunda experiencia con éxito de fracciones nacidas a partir de una adhesión previa al Frente Amplio. El caso anterior fue el de la Vertiente Artiguista, que en las elecciones de 1989 nació desde el interior de la coalición para ocupar el espacio político-electoral abandonado por el PGP tras la integración de este último en Nuevo Espacio.

una única fórmula presidencial, como ha sido tradicional desde la fundación de la coalición de izquierdas Frente Amplio, apoyada por distintas listas al Senado. En concreto, la oferta electoral se agrupó en torno a las cuatro opciones ya presentes en las elecciones de 1989 (el Partido Comunista, el Partido Socialista, la Vertiente Artiguista y el Movimiento de Participación Popular), a las que se sumaron la recién creada Asamblea Uruguay y la Confluencia Frenteamplista, grupo este último que nucleó a casi todos los ex comunistas. A estos seis grupos frenteamplistas se añadieron las opciones de la alianza Encuentro Progresista: el Partido Demócrata Cristiano y el Espacio Renovador, grupo este integrado por una alianza entre los ex nacionalistas de Rodolfo Nin Novoa y el ex diputado del PGP Daniel Díaz Maynard.

4. *El Nuevo Espacio: la recreación del cuarto actor partidista*

La coalición Nuevo Espacio, resultado de una ruptura al interior del Frente Amplio, se había formado de cara a las elecciones de 1989 por un acuerdo entre el Partido por el Gobierno del Pueblo, el Partido Demócrata Cristiano (PDC) y la Unión Cívica. Esta alianza electoral se constituyó, con ocasión del acto electoral de ese año, en el cuarto actor significativo del sistema partidista al recoger el 9 por 100 de la votación nacional. La relevancia de esta coalición estaba además signada por su estratégica situación en el centro-izquierda del espectro político, por lo que tenía la capacidad de articularse con casi todas las demás fuerzas políticas.

Pero también la dinámica del período interelectoral determinó en el Nuevo Espacio un proceso de importantes realineamientos, más fuerte si cabe que el acontecido en el resto de las fuerzas políticas analizadas. Parte de los acomodos producidos en la coalición estuvieron determinados por el *estrechamiento* político-electoral al que ésta fue sometida por parte de las dos fronteras partidistas más próximas al espacio ideológico ocupado por el Nuevo Espacio desde 1989. Por un lado, desde el Foro Batllista se desarrolló un discurso de acento socialdemócrata muy similar al que mantenía el PGP como socio mayoritario del Nuevo Espacio. Por otro lado, el discurso renovador de Tabaré Vázquez, que prometía una gestión de gobierno sin radicalismos, proyectó al Frente Amplio hacia el centro del espectro ideológico-partidista.

Ambas proyecciones centrípetas de las fuerzas limítrofes con el Nuevo Espacio representaron para éste no sólo una creciente pérdida de su visibilidad electoral, sino también de su protagonismo como cuarto actor relevante del sistema partidista. De hecho, la invitación formulada al PGP por el Foro Batllista para participar en una coalición electoral al interior del Partido Colorado y, simultáneamente, la estrategia de realizar alianzas externas iniciada por el Frente Amplio, que incluyó un acuerdo con el otro socio de la coalición, el PDC, agregaron otro nuevo componente crítico a la posible continuidad política del Nuevo Espacio.

Sin embargo, en esa coyuntura de disolución de la coalición, un sector minori-

tario del PGP resolvió mantenerse en un cuarto espacio político mediante la refundación del Nuevo Espacio, pero ya no como una coalición de partidos, sino como un partido político en sí mismo. La figura emergente del entonces diputado del PGP Rafael Michelini y su proyección como imagen joven y novedosa cuestionando el tradicionalismo partidista y enfatizando un mensaje de renovación ética permitió que el Nuevo Espacio se proyectara durante la campaña electoral hacia el espectro político-electoral que había ocupado desde las elecciones anteriores.

II. LOS RESULTADOS ELECTORALES

El análisis de los resultados electorales que se realiza en los próximos epígrafes confirma aquellas tendencias registradas en el comportamiento político-electoral de los uruguayos durante las últimas dos décadas. De manera especial, los resultados de las elecciones de 1994 señalan que existe una importante continuidad en las tendencias de transformación registradas en el sistema partidista uruguayo a partir de 1971 y que éstas se agudizan notablemente en esta última convocatoria electoral.

1. *La elección presidencial: la alternancia en el Ejecutivo*

Conforme a la normativa electoral vigente, el último domingo del mes de noviembre los ciudadanos habilitados para ejercer su derecho al voto debían pronunciarse en la elección nacional por una de las fórmulas presidenciales, así como por sus representantes para la Asamblea Legislativa Nacional. En el primer caso, la elección se rige por un sistema de mayoría simple a una sola vuelta. En ésta se determina, en primera instancia, el partido político vencedor, aquel que desempeñará el poder ejecutivo, y en segundo lugar, de entre las candidaturas presidenciales presentadas por este partido, aquella que haya obtenido una mayor votación será la que ocupará la titularidad de la presidencia. Por su parte, la elección de la Asamblea se rige por un sistema de representación proporcional integral para ambas Cámaras Legislativas (9). En la convocatoria electoral de 1994 se habilitó la participación de quince partidos políticos, si bien sólo cuatro de éstos, que en su conjunto ofrecían ocho candidaturas presidenciales, se mostraban en condiciones de disputar el favor de la ciudadanía para la obtención de los puestos de representación política.

(9) La unificación de fechas entre ambas instancias electorales, así como su vinculación jurídica al nivel del lema, determinan que el acto central de la convocatoria electoral sea la elección presidencial al delimitar ésta las posibilidades de acumulación entre las diversas fracciones de cada uno de los partidos políticos.

CUADRO I
DISTRIBUCION DE LA VOTACION
ELECCION PRESIDENCIAL DE 1994

<i>Fórmulas presidenciales</i>	<i>Porcentaje nacional</i>	<i>Porcentaje intrapartidista</i>
PARTIDO COLORADO	32,3	100
Sanguinetti	24,6	76,2
Batlle	5,1	15,8
Pacheco	2,6	8,0
PARTIDO NACIONAL	31,2	100
Volonté	14,9	47,7
Ramírez	13,1	41,9
Pereyra	3,2	10,4
ENCUENTRO PROGRESISTA	30,6	100
NUEVO ESPACIO	5,2	100
OTRAS CANDIDATURAS	0,7	—

FUENTE: Elaboración propia sobre los datos del escrutinio definitivo publicado en *Búsqueda*, 9 de febrero de 1995, Montevideo, págs. 16-17.

El triunfo electoral correspondió, según los mecanismos electorales descritos, al Partido Colorado, que consiguió el 32,3 por 100 de los votos válidos, y dentro de él, a la fórmula presidencial compuesta por Julio María Sanguinetti-Hugo Batalla, que fue de las tres presentadas por el Partido la que obtuvo un mayor número de votos al interior del mismo (24,6 por 100 de los votos válidos a nivel nacional) (10). En todo caso, los sufragios emitidos en favor de las candidaturas de Jorge Pacheco y de Jorge Batlle resultaron básicos para permitir la victoria colorada. Esta *aportación* electoral

(10) El análisis electoral en función de las candidaturas presidenciales nos señala que el candidato individualmente más votado en las elecciones de 1994 no fue el que ganó la presidencia. En efecto, la candidatura del Encuentro Progresista encabezada por Tabaré Vázquez obtuvo un mayor porcentaje de sufragios (30,6 por 100) que la del electo presidente Julio María Sanguinetti (24,6 por 100). Este hecho, fruto de los mecanismos electorales reseñados, no es la primera vez que sucede en el país. Así, en las elecciones nacionales de 1971 también ocurrió que el Partido Colorado triunfó sobre el Partido Nacional por un escaso 0,8 por 100 de diferencia; sin embargo, la fórmula presidencial, avalada por el sector mayoritario de los nacionalistas (Wilson Ferreira Aldunate-Carlos Julio Pereyra), consiguió el respaldo de 60.134 ciudadanos más que los obtenidos por la candidatura del recién electo presidente de la República, el colorado Juan María Bordaberry. En la convocatoria de 1994, la situación señalada es resultado de la tradición del Frente Amplio (en este caso del Encuentro Progresista) de no presentar candidaturas múltiples a los cargos ejecutivos, mientras que ambos partidos tradicionales mantienen la constante de presentar varias candidaturas presidenciales, repartiendo así sus apoyos a través de una amplia gama de opciones internas.

formó parte del exíguo caudal de diferencia (1,1 por 100) que separó al Partido Colorado de su rival tradicional, el Partido Nacional.

Al margen del candidato ganador en la elección presidencial, los resultados de ésta ponen de manifiesto dos de las dinámicas transformadoras a las que se hacía referencia al inicio de este apartado: por un lado, la alternancia en el ejercicio del Gobierno nacional se muestra como una constante del proceso de transformación del comportamiento electoral; por otro, se produce una agudización paulatina del proceso de incremento de la competitividad en la elección presidencial, tanto en sus vertientes interpartidista como intrapartidista.

En referencia a la primera dinámica, una de las características estructurales del sistema partidista había sido el monopolio del Ejecutivo por parte del Partido Colorado desde antes de la puesta en práctica de la democracia moderna hasta finales de la década de 1950. Sin embargo, a partir de las elecciones de 1958 comienza a producirse una alternancia en el Gobierno entre los dos partidos políticos tradicionales, alternancia que las elecciones de 1989 ratificaron. En éstas se presentó además una distribución electoral que reconocía la existencia de más de dos fuerzas políticas relevantes a nivel nacional (11), si bien la incertidumbre sobre los resultados de la elección presidencial se reducía exclusivamente a los dos partidos tradicionales. En todo caso, el caudal electoral obtenido por las opciones políticas no tradicionales hacía cinco años permitía predecir que en la convocatoria de 1994 la incógnita sobre el resultado presidencial podía incluir a un tercer actor partidista (12). Y así fue. En las últimas elecciones, los tres principales actores partidistas del sistema compitieron por el triunfo a nivel presidencial, como las propias encuestas preelectorales lo indicaban (13).

La evolución del comportamiento electoral registrada en las últimas cuatro convocatorias electorales nos introduce en la segunda dinámica de transformación anteriormente señalada: los márgenes de competitividad en la elección nacional han venido estrechándose de manera paulatina pero persistente. Este proceso parece alcanzar su máxima expresión a raíz de los resultados de esta última cita electoral.

(11) La aplicación a los resultados electorales de 1989 del índice del *número efectivo de partidos* a nivel parlamentario (3,3) nos indica que el sistema partidista resultante admitía la presencia de una pluralidad de opciones políticas que rompían, ya de forma definitiva, el esquema bipartidista diseñado desde mediados del siglo pasado.

(12) Véase PABLO MIRRES: «Las elecciones de 1989 en Uruguay. Un sistema de partidos en transición», en *Cuadernos del ClaeH*, núm. 53 (Montevideo, CLAEH, 1990), págs. 5-22.

(13) Las cuatro principales empresas de opinión pública señalaron en sus últimas mediciones del mes de noviembre la imposibilidad de pronosticar qué fuerza política ganaría las elecciones debido a que la información disponible indicaba que los tres actores partidistas más relevantes mantenían unos márgenes muy estrechos en cuanto a las preferencias de la ciudadanía: el Partido Nacional se mantenía en una horquilla del 28,3 al 30 por 100; al Partido Colorado las encuestas lo adjudicaban unas preferencias entre el 27,2 y el 30 por 100; Encuentro Progresista se mantenía como tercera fuerza política entre el 25,3 y el 27,4 por 100; para Nuevo Espacio se presumía una votación entre el 5 y el 6,6 por 100; por último, los adherentes a otros partidos y los indecisos rondaban entre el 9 y el 12,6 por 100.

CUADRO II

EVOLUCION ELECTORAL (%) DE LOS PARTIDOS POLITICOS
NIVEL NACIONAL (1971-1994)

Partidos	1971	1984	1989	1994
Partido Colorado	41,0	41,2	30,3	32,3
Partido Nacional	40,2	35,0	38,9	31,2
Frente Amplio	18,3	21,3	21,2	30,6
Nuevo Espacio *	—	—	9,0	5,2
Otros **	0,5	2,5	0,6	0,7

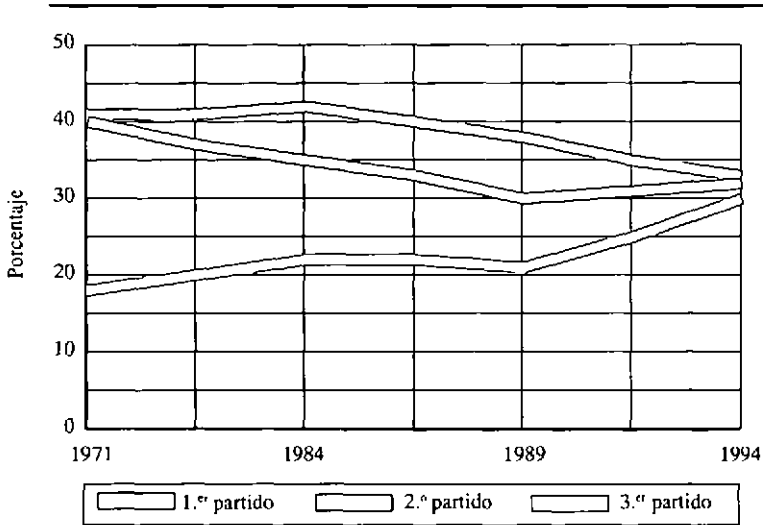
* Tanto el PGP como el PDC, socios mayoritarios de la coalición Nuevo Espacio en 1989, integraron en las convocatorias anteriores de 1971 y 1984 la coalición Frente Amplio.

** Incluye a la Unión Cívica, que en las elecciones de 1984 obtuvo dos representantes en la Asamblea Legislativa Nacional (2,4 por 100 de la votación nacional). Esta fuerza política formó parte de la coalición Nuevo Espacio de cara a la convocatoria de 1989.

FUENTE: Elaboración propia sobre los datos de los escrutinios definitivos publicados por la Corte Electoral.

GRAFICO I

COMPETITIVIDAD INTERPARTIDISTA
NIVEL NACIONAL (1971-1994)



FUENTE: Elaboración propia sobre la base de los escrutinios definitivos publicados por la Corte Electoral.

Pero, además, los resultados electorales de 1994 no sólo muestran que la competitividad se estrecha a nivel interpartidista, sino que este hecho se manifiesta también

al interior de los partidos, de manera que la novedad es el aumento de la incertidumbre acerca del triunfo presidencial en un doble sentido: el número de partidos políticos con posibilidades de ganar la elección (que pasa de dos a tres) y el número de candidaturas con capacidad de alzarse con la presidencia (que pasa de dos a cuatro). Si la tradición política indicaba que la lucha efectiva por la presidencia se circunscribía a los dos partidos tradicionales que presentaban, a su vez, una candidatura dominante al interior de cada uno de ellos, en esta ocasión la posibilidad de éxito electoral no sólo se extendía a una tercera fuerza política, sino que, además, la situación interna del Partido Nacional determinó que existieran cuatro fórmulas presidenciales con aspiraciones de ocupar la presidencia.

2. *La distribución interpartidista de la votación: el crecimiento del voto no tradicional*

Los resultados de las elecciones de 1994 marcaron una estructura de distribución electoral inédita en la historia política uruguaya. Los tres partidos políticos principales cosecharon resultados muy cercanos a un tercio del total de la votación en una situación de contundente paridad, al punto que la distancia porcentual entre la primera y la tercera fuerza política fue de tan sólo el 1,7 por 100 (véase cuadro I). A su vez, el resultado obtenido por Nuevo Espacio, más allá de que su porcentaje esté muy alejado de los otros tres partidos, ratificó la continuidad de una cuarta fuerza política, que en el período interelectoral mantendrá una gravitación especial sobre la arena legislativa.

Esta distribución novedosa de las preferencias electorales se relaciona con una doble dimensión de los paulatinos cambios experimentados en el comportamiento electoral de los uruguayos: el persistente crecimiento del voto *no tradicional* y, por ende, la continua transformación del sistema partidista en su formato numérico.

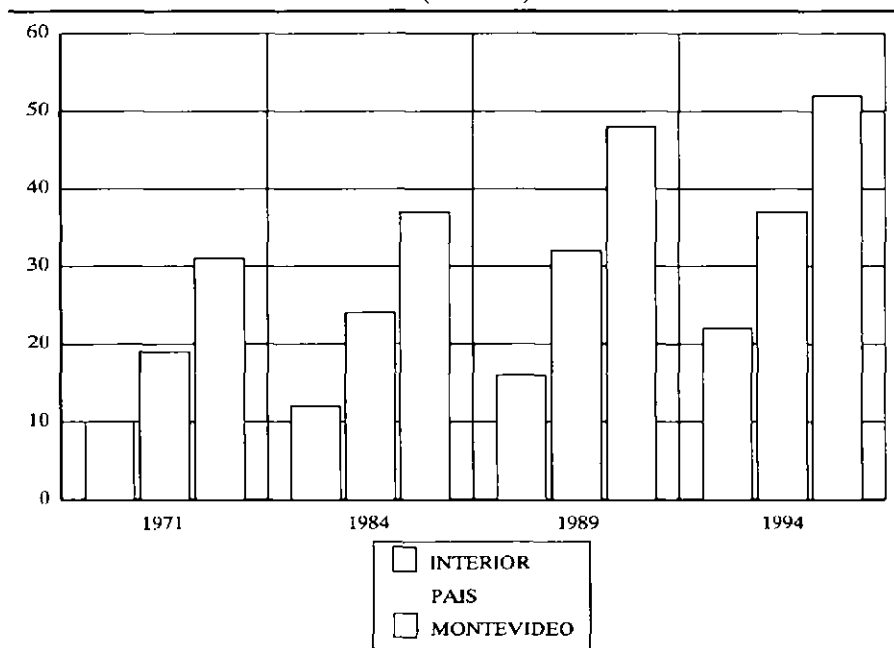
Los resultados registrados en la última convocatoria electoral se mostraron muy significativos en cuanto al apoyo político obtenido en ese evento por los dos partidos tradicionales. Estos vieron disminuir sus respaldos, en favor de las opciones no tradicionales, en más de cien mil votos con respecto a la elección precedente (14). Desde la convocatoria de 1989, las opciones no tradicionales, fundamentalmente la coalición Frente Amplio y Nuevo Espacio, aumentaron su partici-

(14) Desde el punto de vista de las variaciones partidistas en comparación con la elección de 1989, sólo el Frente Amplio (ahora Encuentro Progresista) registró un incremento digno de mención al aumentar su porcentaje electoral en 9,4 puntos porcentuales en relación a la convocatoria precedente (lo que supuso un incremento de su votación del 44 por 100). Por el contrario, los dos partidos tradicionales no registraron variaciones importantes. En el caso del Partido Nacional, su votación disminuyó en 7,7 puntos porcentuales con respecto a 1989, lo que se tradujo en una reducción de casi un 20 por 100 de las preferencias electorales hacia él orientadas; mientras que en el Partido Colorado la variación fue aún más pequeña, ya que su triunfo lo obtuvo mediante un crecimiento de dos puntos porcentuales, equivalentes a menos de un 7 por 100 de incremento en relación a su votación de 1989.

pación electoral del 30,8 por 100 de los votos al 36,5 por 100 de los mismos cinco años después.

Este proceso de crecimiento del voto no dirigido hacia los partidos tradicionales ya era observado desde las elecciones de 1971. Mientras que hasta 1966 los Partidos Colorado y Nacional habían reunido el 90 por 100 de los respaldos electorales, en 1971 esta cifra descendió al 81,2 por 100, pasando al 76,2 por 100 en 1984, al 69,2 por 100 en 1989 y registrando en la última convocatoria el 63,5 por 100 del total de los votos válidos. Esto es, desde 1966 hasta 1994 las opciones no tradicionales han casi cuadruplicado sus apoyos electorales. Este hecho se acentúa aún más en el caso del departamento capitalino de Montevideo, donde el apoyo a las opciones progresistas no vinculadas a los partidos tradicionales ha experimentado un crecimiento del 16,9 por 100 en 1966 al 52,3 por 100 veintiocho años después. Por el contrario, en el interior del país, si bien se ha mantenido un crecimiento proporcional similar, éste ha sido más débil debido al escaso apoyo que estas opciones representaban en 1966 (5,4 por 100); en 1994, el voto no tradicional en el interior representó el 23,3 por 100 de los sufragios. En definitiva, los datos indican que se ha producido de manera lenta pero sostenida un crecimiento del apoyo a los partidos no tradicionales.

GRAFICO II
EVOLUCION DEL VOTO DE LOS PARTIDOS NO TRADICIONALES
(1971-1994)



FUENTE: Manuel Alcántara e Ismael Crespo: *Partidos políticos y procesos electorales en Uruguay (1971-1990)*, CEDEAL, Madrid, 1992, pág. 201. Para las elecciones de 1994, véase cuadro núm. I.

Junto con el crecimiento del apoyo a las opciones partidistas no tradicionales ha tenido lugar un descenso del electorado *de pertenencia*. Este hecho ha generado una mayor impredecibilidad de los resultados electorales al ser cada vez mayor el número de votantes no leales a ningún partido en exclusividad, de forma que ha aumentado la importancia de las estrategias e imágenes desarrolladas por los partidos durante la campaña electoral. De esta manera, en las elecciones pasadas el votante de no pertenencia se mostró capacitado para decidir el resultado electoral, como manifiestan los datos de las propias encuestas de opinión, y seguirá teniendo esa capacidad, ya que el trasvase de votos entre una elección y otra es cada vez cuantitativamente más importante. En consecuencia, se observa que las históricas adhesiones políticas de los ciudadanos a una tradición partidista han disminuido de manera lenta pero persistente a lo largo de estas dos últimas décadas.

Estos dos hechos: el crecimiento del voto *no tradicional* y el descenso del electorado *de pertenencia*, sumados a la consolidación como alternativa de gobierno del Frente Amplio/Encuentro Progresista y a la relevancia interelectoral de una cuarta fuerza partidista, permiten asegurar que los resultados emanados de las urnas determinan que el tradicional esquema bipartidista ha quedado definitivamente superado. Tras estas últimas elecciones, el sistema de partidos no sólo admite un tercer partido en Montevideo o un esquema de dos partidos en el interior y tres en la capital, sino una pluralidad de actores políticos, tres de los cuales mantienen un peso electoral muy similar. Este hecho es de una trascendencia indudable si se contrasta el escenario actual con el anterior a la convocatoria de 1994, ya que ahora además no es un único tercer actor el que recoge los *desprendimientos*, expresados en respaldos electorales, de los partidos tradicionales, sino que son al menos dos actores los que en su conjunto representan más de un tercio de los apoyos ciudadanos expresados en el último acto electoral. En definitiva, si se toman en cuenta las cifras arrojadas por las elecciones de 1994, y de acuerdo al criterio sistémico de contar partidos relevantes, el escenario parlamentario de 1995 marca la existencia de un sistema pluripartidista.

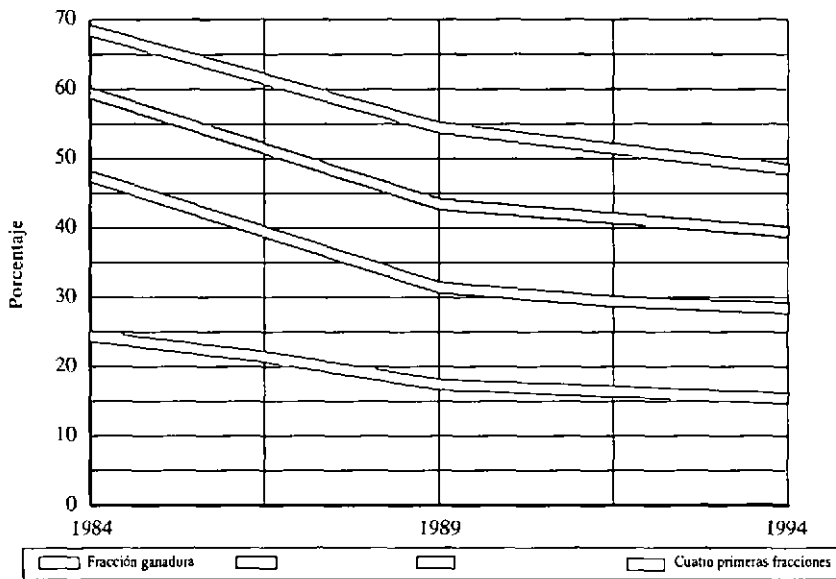
3. *La distribución intrapartidista de la votación (I): la fraccionalización de la oferta electoral*

Uno de los rasgos más característicos del sistema partidista uruguayo es su tendencia a la continua fraccionalización interna de los partidos. Este proceso se ha mostrado más agudo cuanto mayor ha sido el número de actores partidistas que han competido de manera efectiva por el poder político. Desde esta óptica, las elecciones de 1994 supusieron el punto hasta ese momento culminante de la más acentuada diversificación de la oferta electoral conocida en la historia del país.

Desde las primeras elecciones de la época postautoritaria (1984) hasta estas últimas se ha venido observando un proceso creciente de fraccionalización en la distribución de las preferencias electorales. En la convocatoria de 1984, la fracción partidista más fuerte obtuvo casi una cuarta parte de la votación a nivel nacional, mien-

tras que en la última elección su porcentaje se redujo al 16,6 por 100. Este hecho es ratificado si se avanza en el nivel de agregación de las fracciones restantes, el cual marca unos mayores niveles de fraccionalización de una elección a la siguiente. De esta manera, mientras que en el acto de 1984 las cuatro fracciones partidistas más fuertes superaron los dos tercios de la votación nacional, en 1989 éstas apenas pasaron de la mitad y en 1994 su votación agregada no superó el 48 por 100 de las preferencias electorales.

GRAFICO III
FRACCIONALIZACION PARTIDISTA
NIVEL NACIONAL (1984-1994)



FUENTE: Elaboración propia sobre la base de datos de los escrutinios definitivos publicados por la Corte Electoral.

Este proceso de continua transformación de la distribución interna de los respaldos electorales hacia las opciones partidistas añade un indicador más a la crisis de alineamientos electorales que está teniendo lugar en el país, en la medida que los electores tienden a dispersar sus apoyos entre fracciones partidistas cada vez más numerosas y de pesos electorales más parejos. O sea, que no sólo se diversifican los respaldos en el nivel de los partidos políticos, sino que este proceso se reproduce al interior de los mismos en el nivel de las fracciones internas.

4. *La distribución intrapartidista de la votación (II):
continuidades y cambios*

La evolución del comportamiento electoral de los uruguayos ha marcado una dinámica permanente de cambio en las correlaciones de fuerzas de las fracciones al interior de los partidos. En el caso de las elecciones de 1994, este fenómeno tradicional se agudizó para todas las divisiones partidistas indicándonos la *permanencia* de las transformaciones, incluso de las inversiones, operadas en los predomios internos de cada uno de los partidos tradicionales, así como de la izquierda política.

CUADRO III
DISTRIBUCION INTRAPARTIDISTA DE LA VOTACION
ELECCION NACIONAL DE 1994

<i>Fracciones intrapartidistas (Fórmula presidencial)</i>	<i>Porcentaje intrapar- tidista</i>	<i>Porcentaje nacional</i>
Foro Batllista (Sanguinetti)	51,4	16,6
Batllismo Radical (Batlle)	15,8	5,1
Cruzada 94 (Sanguinetti)	15,5	5,0
UCB (Pacheco)	8,0	2,6
PGP (Sanguinetti)	4,7	1,5
Otros (Sanguinetti)	4,6	1,5
Total Partido Colorado	100,0	32,3
Herrerismo (Ramírez)	35,5	11,1
Manos a la Obra (Volonté)	26,6	8,3
Propuesta Nac. (Volonté)	21,1	6,6
MNR (Pereyra)	10,4	3,2
Renovación y Victoria (Ramírez)	6,4	2,0
Total Partido Nacional	100,0	31,2
Asamblea Uruguay	39,5	12,1
Partido Socialista	18,1	5,5
Vert. Artiguista	9,5	2,9
Partido Comunista	9,5	2,9
MPP	7,2	2,2
Nin-Díaz	5,2	1,6
CONFA	5,2	1,6
PDC	2,9	0,9
Otros Frente Amplio	2,9	0,9
Total Encuentro Progresista	100,0	30,6
Nuevo Espacio	100,0	5,2

FUENTE: Elaboración propia sobre los datos del escrutinio definitivo publicado en *Búsqueda*, 9 de febrero de 1995, Montevideo, págs. 16-17.

En el caso del Partido Colorado, los resultados electorales de 1994 alteraron de manera notable la composición interna que había caracterizado a este partido desde las elecciones de 1971: una estructura bipolar en torno a dos grandes fracciones —batllista y pachequista— que se habían alternado en el predominio partidista. Así, en 1971, la UCB de Pacheco se configuró al interior del coloradismo como la fracción mayoritaria (55,6 por 100); en 1984, el predominio interno correspondió al batllismo encabezado por Sanguinetti (76,1 por 100); por último, en las elecciones de 1989 se produjo un verdadero equilibrio porcentual entre ambas fracciones.

Esta situación de paridad interna sufrió una modificación sustancial con ocasión de las elecciones de 1994, puesto que la candidatura pachequista redujo de forma notable su aportación intrapartidista a un escaso 8 por 100, mientras que las fracciones que apoyaron las candidaturas batllistas de Sanguinetti y Batlle obtuvieron un nítido predominio al interior del partido. Así, el Foro Batllista, fracción liderada por el propio Sanguinetti, pasó a convertirse en la corriente interna mayoritaria, mientras que el Batllismo Radical, que había apoyado la candidatura presidencial de Batlle, se convirtió en la segunda fuerza intrapartidista con el 15,8 por 100 de los votos. Por su parte, los otros dos grupos políticos que apoyaron la candidatura presidencial de Sanguinetti obtuvieron resultados disímiles: por un lado, Cruzada 94, de extracción pachequista, creció con relación a la elección anterior y se consolidó como la tercera fuerza del coloradismo con el 15,5 por 100 de la votación interna; por otro lado, el PGP, que pagó en exceso su coalición interpartidista con el Foro Batllista, no consiguió aportar más que un 4,7 por 100 a la votación del Partido Colorado.

En el caso del Partido Nacional, los resultados cosechados en las elecciones de 1994 nos muestran una doble dinámica interna: por un lado, se acentúa el predominio herrerista, que ya había manifestado signos evidentes de recuperación con ocasión de la cita electoral de 1989, y por otro, este predominio herrerista se fragmenta en diversas fracciones intrapartidistas.

Si en las elecciones de 1989 las fracciones que apoyaron la candidatura presidencial herrerista obtenían el 58 por 100 de la votación interna (42,7 por 100 del Herrerismo y 15,3 por 100 de Renovación y Victoria), cinco años más tarde los dos candidatos herreristas reunieron el 89,6 por 100 de la votación partidista. Ahora bien, este predominio de la corriente herrerista se mostró fragmentado en cuatro fracciones diferentes: la fracción que mantuvo la denominación Herrerismo consiguió el 35,5 por 100 de los votos dirigidos al Partido Nacional, y junto con Renovación y Victoria, que obtuvo el 6,4 por 100 de la votación, apoyaron ambas al candidato *designado* por el presidente saliente Luis Alberto Lacalle. Por su parte, la fracción Manos a la Obra, compuesta básicamente por los herreristas liderados por Volonté, obtuvo el 26,6 por 100, mientras que su socio en la candidatura presidencial, Propuesta Nacional, que incluía dirigentes provenientes de todas las fracciones nacionalistas, se hizo con el 21,1 por 100 del electorado intrapartidista.

Estos resultados avalan una inversión en los predominios internos del Partido Nacional desde 1971. En esa fecha, las fracciones no herreristas obtuvieron casi las tres cuartas partes del total de los parlamentarios de su partido, situación que se agu-

dizó en las elecciones de la restauración cuando éstas se alzaron con más del 80 por 100 de los escaños nacionalistas. Esta hegemonía se fracturó en las elecciones de 1989, cuando las fracciones herreristas pasaron a controlar las dos terceras partes del total de los parlamentarios del Partido Nacional. En las últimas elecciones de 1994, las listas que apoyaron a los candidatos herreristas controlan en la actualidad más del 90 por 100 de la bancada parlamentaria del Partido Nacional.

Estas transformaciones al interior de los dos partidos tradicionales nos indican que se han producido dos dinámicas consecutivas: una primera de naturaleza concentradora y otra, más tarde, de carácter fraccionalizador. La primera dinámica se desarrolló durante el período interelectoral, cuando se produjo en ambas divisas partidistas una concentración de los apoyos en torno a una de sus corrientes internas, concentración que hizo de éstas —el batllismo y el herrerismo— una fracción hegemónica al interior de cada uno de sus partidos. Por su parte, la segunda dinámica tuvo lugar en pleno período electoral y se caracterizó por la fraccionalización de la corriente que se había constituido como mayoritaria. Esta fraccionalización no supuso en ningún caso una merma en las posibilidades de su triunfo electoral, sino que la distribución equilibrada de sus respaldos internos responde de manera fiel a la *lógica de la acumulación* propia del sistema electoral uruguayo. Y es esta lógica también la que afectó en el caso de las profundas inversiones registradas en el seno de la izquierda partidista.

Desde la restauración democrática en 1984, los dos referentes básicos de la izquierda uruguaya habían sido el Partido Comunista y el Partido por el Gobierno del Pueblo (PGP). Sin embargo, en las elecciones de 1994 ambos partidos quedaron relegados a un segundo plano al obtener unos magros resultados electorales. El PGP sufrió el castigo de su retirada de la coalición Nuevo Espacio y de su apoyo a Sanguinetti dentro del Partido Colorado, mientras que el Partido Comunista, tensionado por dificultades internas, pasó de ser la fuerza hegemónica del Frente Amplio a ocupar apenas un 10 por 100 del espacio electoral del Encuentro Progresista.

La nueva estructura interna de la izquierda, expresada en la coalición Encuentro Progresista, nos señala el surgimiento de una fracción, Asamblea Uruguay (AU), que se convierte en mayoritaria al obtener casi el 40 por 100 de la votación interna de Encuentro Progresista. Este óptimo rendimiento en su primera presentación electoral respondió a la existencia de un electorado de izquierda independiente, adherido de forma genérica al Frente Amplio y que se expresó colectivamente a través de su apoyo a la fracción interna que se encontraba más identificada con el frenteamplismo como identidad política. Por su parte, las demás fuerzas partidistas integrantes del Frente Amplio mantuvieron unos porcentajes nacionales similares a los obtenidos cinco años atrás.

Los dos socios no frenteamplistas de Encuentro Progresista, la coalición formada entre Nin Novoa y Díaz Maynard y el Partido Demócrata Cristiano (PDC), son los que presentaron un rendimiento más negativo en sus resultados electorales de 1994, al obtener entre ambos sectores apenas un 8 por 100 de la votación interna. Este porcentaje tan escaso manifiesta que ni el sector de Nin Novoa ni el de Díaz

Maynard lograron canalizar apoyos importantes desde sus partidos de origen, mientras que en el caso del PDC se ratificó su trayectoria descendente iniciada en 1984. De este modo, la ideología social-cristiana, que junto con la socialista y la comunista expresaba una de las tres corrientes ideológicas ajenas a los partidos tradicionales durante este siglo, ha sufrido una declinación tan pronunciada que la ha llevado, en estas últimas elecciones, a perder toda su representación parlamentaria.

En suma, la correlación de fuerzas al interior de Encuentro Progresista presenta, tras estas elecciones, el siguiente panorama: por un lado, un amplio predominio de las fracciones frenteamplistas más moderadas políticamente (Asamblea Uruguay, Partido Socialista, Vertiente Artiguista y Confluencia Frenteamplista), que, en su conjunto, superan los dos tercios del respaldo obtenido por Encuentro Progresista; por otro, nos encontramos ante una presencia minoritaria, aunque relevante, de las opciones frenteamplistas con posturas más radicales (Partido Comunista, Movimiento de Participación Popular y otros pequeños grupos sin representación parlamentaria), que, en su conjunto, representan cerca de un quinto de los apoyos internos, y, por último, existe una presencia reducida y de escasa incidencia integrada por las alternativas no frenteamplistas de Encuentro Progresista, que, como acabamos de señalar, no expresan más del 8 por 100 de la votación interna.

5. *La distribución territorial de la votación: los «países electorales»*

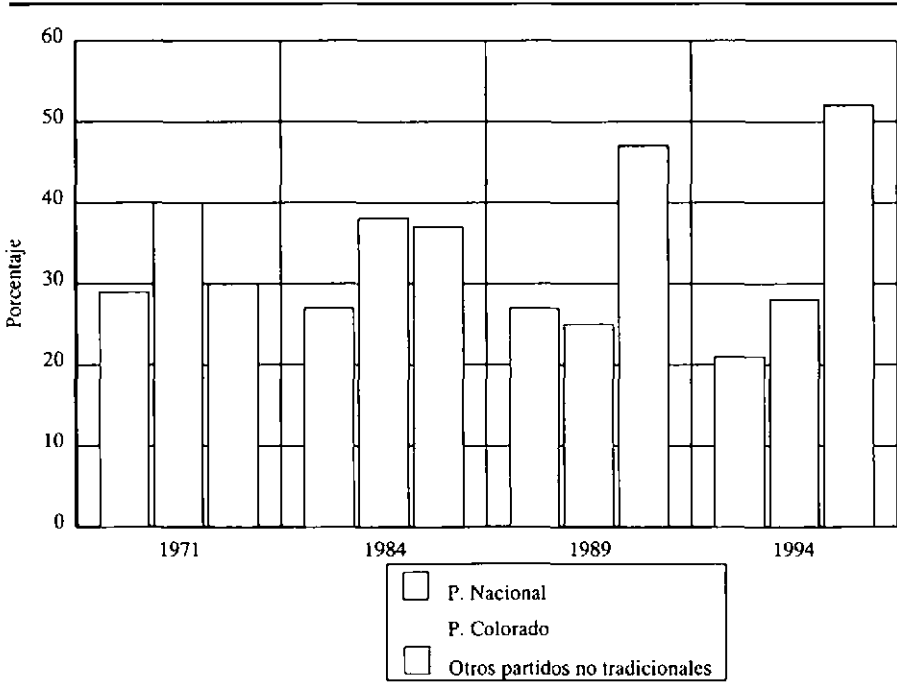
La última línea de continuidad en la transformación del sistema partidista uruguayo ha estado definida por la *permanencia* de una expresión electoral diferenciada entre los montevideanos y los habitantes del resto de los departamentos (del interior). La existencia de un comportamiento electoral diferente en cada uno de estos espacios territoriales se agudizó en las elecciones de 1994, de manera que, mediante la consolidación del voto no tradicional al que hacíamos referencia páginas atrás, nos encontramos ante la presencia de dos escenarios partidistas disímiles: por un lado, Montevideo se consolida como un contexto territorial multipartidista, mientras que por otro el interior del país mantiene en su conjunto una estructura netamente bipartidista (15).

Desde las elecciones de 1971, la izquierda agrupada en la coalición Frente Am-

(15) Otra de las líneas de continuidad en el comportamiento electoral de los uruguayos, a la que aquí no haremos más que una sucinta referencia, refleja la existencia de predominios partidistas diferenciados por departamentos, en el caso del interior del país, y por zonas, en el caso de Montevideo. De esta manera, es posible identificar departamentos o zonas nacionalistas, coloradas o frenteamplistas que mantienen esta caracterización con independencia de los resultados que se produzcan en una elección concreta. Desde esta perspectiva, se puede anotar la presencia de verdaderos *baluartes* electorales de cada una de las fuerzas políticas en las unidades territoriales mencionadas. Al respecto, véase el análisis de PABLO MIERES: *Desobediencia y lealtad. El voto en el Uruguay de fin de siglo*, Montevideo, Ed. Fin de Siglo, 1994.

plio buscó obtener el triunfo electoral en Montevideo, la capital uruguaya que reúne casi la mitad de la población del país. Esta circunscripción, que de manera tradicional se había mostrado como un baluarte electoral del Partido Colorado, sintió desde un primer momento el empuje de la coalición de izquierdas. Así, en 1971, el Partido Colorado aventajó al Frente Amplio por sesenta y seis mil votos; en 1984, esta diferencia se redujo a unos escasos quince mil sufragios; en 1989, el Frente Amplio superó a ambas opciones tradicionales por más de ciento cinco mil votos y rompió, por primera vez, el histórico monopolio de los partidos tradicionales en la conducción de los gobiernos departamentales. En las elecciones de 1994, el sucesor de la coalición de izquierdas, Encuentro Progresista, superó a los colorados por casi ciento cincuenta mil votos, obteniendo, por segunda vez consecutiva, el gobierno de la capital uruguaya.

GRAFICO IV
EVOLUCION DEL VOTO EN MONTEVIDEO
(1971-1994)



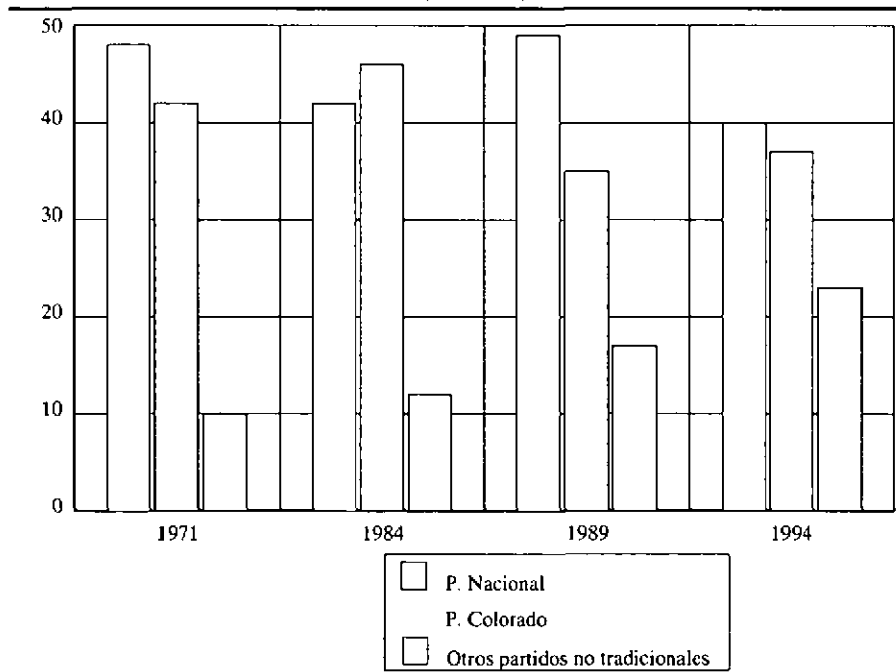
FUENTE: Manuel Alcántara e Ismael Crespo: *Partidos políticos y procesos electorales en Uruguay (1971-1990)*, CEDEAL, Madrid, 1992, págs. 158 y 222. Para las elecciones de 1994, véase cuadro núm. I.

La existencia de dos «países electorales», constatada por primera vez con ocasión de las elecciones de 1971, se reiteró de forma más aguda en esta última convo-

catoria electoral. El creciente predominio de las opciones no tradicionales en la circunscripción capitalina, que configuró un escenario claramente tripartidista ya desde las elecciones de 1971, se agudizó con ocasión de las elecciones de 1994; hasta tal punto, que se observa una tendencia hacia la consolidación de un partido predominante que podría llegar incluso a alterar el propio escenario multipartidista.

Este predominio de Encuentro Progresista en Montevideo no tiene, sin embargo, su correlato en los departamentos del interior del país (véase gráfico IV). En éstos, los dos partidos tradicionales han mantenido una histórica hegemonía electoral, de manera que, en su conjunto, han obtenido entre el 80 y el 90 por 100 de los votos durante toda la secuencia de elecciones posteriores a 1971. Este formato bipartidista se atenuó ligeramente con ocasión de las elecciones de 1994 cuando, aun siendo los dos partidos más votados en el interior, su rendimiento electoral se situó por primera vez por debajo del 80 por 100 de las preferencias electorales.

GRAFICO V
EVOLUCION DEL VOTO EN EL INTERIOR
(1971-1994)



FUENTE: Manuel Alcántara e Ismael Crespo: *Partidos políticos y procesos electorales en Uruguay (1971-1990)*, CEDEAL, Madrid, 1992, págs. 158 y 222. Para las elecciones de 1994, véase cuadro núm. I.

En síntesis, nos encontramos ante una brecha en el comportamiento electoral de los uruguayos de acuerdo a un criterio geográfico. Ambos partidos tradicionales

mantienen su mejor expresión electoral en el interior del país, y si bien se observa una tendencia declinante, ésta no nos evita de mantener que estos departamentos, especificidades mediante, muestran una estructura bipartidista, aún atenuada por los últimos resultados. Por su parte, el comportamiento de los montevideanos admite una pluralidad de opciones partidistas que configuran, desde hace ya dos décadas, un escenario multipartidista que, como en el caso del interior, se encuentra amenazado por el predominio, cada vez más evidente, de las opciones agrupadas en torno a Encuentro Progresista.

III. PERMANENCIAS, TRANSFORMACIONES Y PERSPECTIVAS

Los resultados de las tres últimas elecciones celebradas en Uruguay nos señalan un continuo proceso de transformación en el comportamiento electoral de la ciudadanía, especialmente en lo que hace referencia al número de actores significativos que ingresan en la arena parlamentaria. En este sentido, ya hemos señalado que la cita electoral de 1994 representó una agudización de este proceso transformador, si bien hemos mantenido que no es probable que ésta desempeñe el final de una nueva estructura en el sistema de partidos políticos y en las preferencias electorales de los ciudadanos.

De acuerdo con el análisis aquí expuesto, hemos afirmado que una buena parte de las tendencias de transformación que se venían observando en el comportamiento electoral de los uruguayos durante estas dos últimas décadas se han visto ratificadas con ocasión de las elecciones de 1994. La alternancia en el ejercicio de la titularidad del Gobierno nacional, la incertidumbre de los resultados fruto del crecimiento del voto de *no pertenencia*, el incremento de la competitividad inter e intrapartidista, la presencia cada vez más relevante de las opciones políticas no tradicionales, incluida la recreación de Nuevo Espacio, que configuran un escenario multipartidista, y de forma paralela un incremento de la fraccionalización partidista, resultado de los procesos de cambio en las correlaciones de poder al interior de los partidos, y la manifestación de un comportamiento electoral diferenciado entre Montevideo y el interior del país son algunas de las principales expresiones de esta paulatina alteración de las preferencias electorales de la ciudadanía uruguaya.

Desde esta perspectiva, el proceso de cambio que se está experimentando elección tras elección parece responder a una tendencia estable, orientada desde el ámbito de una profunda transformación en las adhesiones políticas de los uruguayos. En esta línea, los resultados de las elecciones de 1994 no ratifican únicamente las tendencias electorales observadas con anterioridad, sino que también son una excelente expresión de la gradualidad (*amortiguación*, en términos de Real de Azúa) que ha caracterizado el ritmo de los cambios sociopolíticos en este país.